

# CRÓNICA ARQUEOLÓGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

## XXIX

SUMARIO: *Antequera islámica*, por L. T. B. — *Barbacanas*, por Leopoldo Torres Balbás. — *Hallazgos numismáticos musulmanes*, V, por Felipe Mateu y Llopis.

### ANTEQUERA ISLÁMICA

*Prehistoria e historia.*

Pocos lugares de España pueden envanecerse como Antequera de poseer monumentos de un pasado varias veces milenario. Infinitas generaciones se han sucedido en su privilegiado solar. La persistencia de población demuestra no ser caprichosa la elección de su emplazamiento; excelentes condiciones naturales aseguraron la continuidad del núcleo urbano a través de repetidas destrucciones y catástrofes.

Al pie del cerro, no muy elevado, sobre el que se asentó la Antequera islámica y, probablemente, el núcleo principal del anterior municipio romano, se extiende una gran llanura, alegre vega de tierras fecundas y buenos pastos, surcada por múltiples corrientes de agua — el Guadalhorce, sus afluentes y las acequias derivadas de ellas — que facilitan su riego y cultivo, y circundada de elevadas sierras. Es lugar de encrucijada de rutas

naturales, de comunicación del valle del Guadalquivir — Córdoba y Sevilla — con las costas mediterráneas — Málaga — y la vega granadina. Cadenas de montañas, abruptas y salvajes algunas de ellas, seguro refugio en épocas de intranquilidad y en caso de peligro, rodean la vega antequerana. La tierra fértil, el agua abundante y el soleamiento intenso producen espléndidas cosechas. El clima es benigno y en la atmósfera, clara y despejada, se perfilan con admirable precisión los montes próximos; en medio de la llanura, aislada, a una legua de la ciudad se levanta la famosa Peña de los Enamorados, que parece poder identificarse con la que los musulmanes llamaban de Dos Amantes, de añeja y romántica leyenda. Da al paisaje atractivo singular el contraste violento entre la espléndida vegetación de la llanura, con sus huertos, prados y sembrados siempre verdes, y la salvaje y desnuda aspereza de las montañas yermas que la circundan, en las que asoma la roca desnuda y calcinada, recorriéndose, con la precisión de las de un primitivo flamenco, sobre un horizonte diáfano.

Abundan las cuevas en las sierras calizas de toda la comarca, habitación tal vez del hombre paleolítico consagrado a la caza. Cuando, a través de lentísima, milenaria evolución, los pobladores de esas cavernas comenzaran a cultivar la tierra y a poseer rebaños, garantías ambas de más fácil y seguro sustento, la llanura por la que corre el Guadalhorce fué lugar excelente para sus nuevas actividades. Las cuevas — algunas hasta con pequeños lagos en su interior — no debieron de abandonarse por completo, y en momentos de intranquilidad o peligro volvería temporalmente el hombre neolítico a hallar en ellas seguro refugio. La exploración sistemática de las de la comarca proporcionaría seguramente a los interesados en la prehistoria — legión hoy en España — datos de gran importancia para esos estudios.

Tras centenares de años, los labradores y pastores del campo antequerano, habitantes de pobres chozas, empezarían a emplear, al mismo tiempo que un instrumental de piedra pulimentada, el mucho más eficaz de cobre. En esa época, llamada eneolítica por algunos prehistoriadores, tres mil o dos mil años aproximadamente antes de dar comienzo nuestra era, construyeron, con

esfuerzo asombroso, las sepulturas que han dado fama universal a Antequera. El contraste entre su monumentalidad y permanencia y la pobreza y fragilidad de las viviendas de sus constructores sería extraordinaria; desde tiempos muy remotos, el hombre concedió mucha más importancia a necesidades desinteresadas que a las inmediatas de la vida puramente material.

Dos de esos gigantescos sepulcros, túmulos o montículos artificiales que encierran dólmenes en su interior, conocido uno de antiguo por Cueva de Menga, el otro llamado de Viera por el apellido del que hace algunos años la descubrió<sup>1</sup>, están a menos de un kilómetro de la ciudad. El de Menga es un sepulcro de gigantes, grandiosa cámara funeraria de planta oblonga, construida con enormes piedras, cuyo traslado y colocación plantean problemas aún no explicados. Inmediata está la cueva de Viera, cámara más reducida, de planta cuadrada, también megalítica, es decir, hecha con grandes piedras.

A dos kilómetros de las anteriores se halla la cueva del Romeral, señalada también por un montículo artificial. Pero la sepultura que cobija es de planta circular y la forman pequeñas lajas de caliza y pizarra, superpuestas por anillos concéntricos, escalonados con interposición de juntas de tierra, hasta que a cierta altura la cámara troncocónica se cubrió con una gran piedra. Junto a ella y en comunicación hay otra más reducida. Largas galerías construidas con la misma técnica que las sepulturas respectivas, a las que conducen, y cuya parte de ingreso ha desaparecido, daban entrada a las tres.

La diferencia de forma y construcción de los monumentales enterramientos ha dado lugar a enconadas discusiones. No parece lógico pensar — aunque a veces un poco de luz sobre

<sup>1</sup> En una licencia del obispo de Málaga fechada en 1530 se alude ya a la cueva de Menga: *Cum itaque, sicut nobis exposuisti, tu zelo devotionis accensus cupis quoddam oratorium, seu saccelum, heremitorium nuncupatum, in via publica de Archidona, prope antrum de Menga vulgariter nuncupatum, in certo predio hoc edificare...* El mismo historiador local, García de Yegros, que inserta el anterior documento y escribía en los primeros años del siglo XVII, se refiere a otra cueva inmediata, cuya entrada estaba tapada (*Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Antequera*, escribióla el doctor Alonso García de Yegros [Antequera 1915], pp. 31 y 270-271).

edades tan remotas permita reconocer lo falso de los que juzgamos más ceñidos razonamientos — que disposiciones y técnicas tan distintas sean contemporáneas. Problema sin resolver es el de su primacía en el tiempo.

Para imaginaciones meridionales la Peña de los Enamorados, con su nombre, leyenda y perfil, semejante éste al de una cabeza humana tendida, ofrece buen tema de inspiración. Ni es menor la sugestión de las cuevas con sus posibles espléndidos tesoros ocultos, motivo de repetidas excavaciones en su interior. No faltan tampoco, en lugares tan misteriosos, la referencia a galerías subterráneas que las gentes del país suponen unían la cámara sepulcral de Menga con la alcazaba islámica.

Muchos siglos después de construídas las cuevas, en los primeros de nuestra era, encontramos en estos lugares un municipio romano, llamado Anticaria, que figura en el *Itinerario* de Antonino (entre Barba y *Ad Gemellas*) y en la *Tabula Peutingeriana*, en la vía que va de Malaca a Hispalis (Sevilla) e Itálica; documentos ambos que proceden del siglo IV de Jesucristo. Además, en cuatro lápidas imperiales romanas, conservadas en Antequera, aparece el gentilicio de *Antik(arienses)* <sup>1</sup>. Y, a poca distancia de las cuevas de Menga y Viera, se conservan, con esa tenaz fortaleza de las ruinas romanas que a través del abandono multisecular testimonian la grandeza de la civilización imperial, un largo muro ahuecado por nichos y restos de otros, que el pueblo llama «carnicería de los moros» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, por Aemilius Hübner (Berlín 1869), láps. nos 2.034, 2.046, 2.047 y 2.048. Un erudito, que ocultó su nombre tras el de Anastasio Franco y Bebrinsáez, afirma en un librito impreso después del año 1781 — *Viaje topográfico desde Granada a Lisboa* (Granada s. a.), p. 116 — que algunas de esas inscripciones, las más de ellas colocadas entonces en el Arco de los Gigantes, se encontraron en la ciudad o muy inmediatas a sus antiguos muros: placeta del Carmen; la calle Nueva; junto a San Sebastián; cerca de San Juan, etc. Da noticia del lugar de hallazgo de varias inscripciones antequeranas Medina Conde, *Conversaciones históricas malagueñas* que publica mensualmente don Cecilio García de la Leña, Descanso II (Málaga 1790).

<sup>2</sup> Estudio reciente de las ruinas romanas de Antequera y de algunos restos de esa época es el de S. Giménez Reyna y A. García Bellido, *Antigüedades romanas de Antequera* (*Arch. Esp. de Arqueología*, XXI, 1948, pp. 48-68). A princi-

Es probable que la Anticaria romana ocupase el mismo emplazamiento que la ciudad islámica heredera de su nombre, ligeramente transformado. Toda la región en torno estuvo muy poblada, como atestiguan las ruinas, inexploradas, de abundantes agrupaciones urbanas. Lápidas epigráficas y restos arqueológicos procedentes de ellas, recogidos piadosamente por los regidores antequeranos, consecuencia del fervoroso entusiasmo hacia la antigüedad clásica que produjo el Renacimiento, unidos a los encontrados en el propio solar, sirvieron para que el corregidor don Juan Porcel de Peralta levantara un gran arco triunfal a la entrada de la Alcazaba, dedicado a Felipe II, en 1585, entre las dos plazas, la alta y la de los Escribanos. A esas reliquias, entre ellas 44 lápidas con inscripción, copias algunas de las antiguas, de Anticaria, Singilia, Ilura y Nescania, se unieron, para la decoración del erudito monumento, otras piezas labradas entonces, entre ellas dos grandes estatuas de emperadores romanos que flanqueaban la puerta y le valieron el nombre de Arco de los Gigantes <sup>1</sup>.

El momento de entusiasmo por la antigüedad fué pasajero y, abandonado el arco, indiferente la ciudad hacia su pasado, desaparecieron de aquéllas lápidas, estatuas y restos arqueológicos, hasta quedar en los primeros años del siglo actual desnudo, en el estado de abandono y ruina en que hoy se encuentra.

Como un precedente de la varios siglos posterior invasión islámica, Anticaria conoció en la época romana una de moros africanos. En el año 170, reinando Marco Aurelio, cruzaron el Estrecho, y después de saquear Málaga, destruyendo su ciudadela, pusieron sitio a Singilia Barba, municipio muy cercano al de Anticaria. Vallius Maximianus, gobernador de Lusitania, les obligó a levantar el largo cerco, según recuerda una lápida hallada en Singilia, cuyas ruinas están en un despoblado conocido por el Castellón o Valsequillo, a una legua al norte de Antequera <sup>2</sup>.

pios del siglo XVII ya se conocían estas ruinas por «Carnicería de los moros» (García de Yegres, *Hist. de Antequera*, p. 32).

<sup>1</sup> La mayoría de las lápidas y restos que estuvieron en el arco, en unión de otros, se guardan ahora en el patio del Ayuntamiento de Antequera.

<sup>2</sup> Hübner, *CIL*, inscripciones n.ºs 1.120 y 2.015; en la primera, los ciuda-

Piérdense durante siglos las memorias de Antequera. Su supervivencia durante los oscuros siglos siguientes a la caída del Imperio romano parece demostrada por persistir su nombre, con ligerísimas modificaciones, a través de la edad media hasta nuestros días. Una solución de continuidad en su población hubiera acarreado, al renacer, cambio de nombre.

En la época brillante del califato de Córdoba carecería de importancia, pues no aparece en las crónicas contemporáneas; la cercana Archidona, capital de la cora de Rayyu, absorbería la vida de la región.

Extraña que tampoco figure, junto al de otras ciudades y fortalezas próximas, en las campañas del rebelde 'Umar ibn Ḥafṣūn, que multiplicó los castillos en toda esta comarca, centro principal y baluarte de su rebelión. El señor Lévi-Provençal cree que tal vez pueda identificarse con la fortaleza de Belda, no localizada, en cuyas cercanías fué rechazado ese caudillo en el año 297 = 910, y que dió nombre a la campaña emprendida contra el mismo en 306 = 919 por 'Abd al-Raḥmān III, durante la cual conquistó, en el mes de mayo, la fortaleza de Belda, cuyos defensores musulmanes se pasaron al enemigo, mientras los cristianos perecieron antes de rendirse<sup>1</sup>. Supone el sabio arabista que Antequera se llamaba entonces «Baldat Antakīra» o Balda simplemente, es decir, «villa»<sup>2</sup>. El cambio temporal de apelativo y la restitución del anterior serían hechos insólitos; pero, además,

danos de Itálica agradecen a dicho procurador la pacificación conseguida. La segunda fué pedestal de una estatua elevada al mismo por los ciudadanos de Singilia, agradecidos de que librara al municipio de un largo cerco. Llevada del Castellón, estuvo en el Arco de los Gigantes. Respecto a la fecha de la invasión, véase Jérôme Carcopino, *Le Maroc antique* (París 1943), pp. 184 y 270.

<sup>1</sup> *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée al Bayano-l-Mogrib*, trad. y anot. por E. Fagnan, tomo II (Argel 1904), pp. 287-289 de la trad. y 181-182 del texto árabe; *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir*, edic. y trad. por E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez (Madrid 1950), pp. 127-130.

<sup>2</sup> Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, tomo IV, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba*, por E. Lévi-Provençal, trad. e introd. por Emilio García Gómez (Madrid 1950), pp. 239, 271 y n. (22) de la p. 361. *Al-balda*, «la villa» (*Contribución a la toponimia árabe de España*, por Miguel Asín Palacios [Madrid 1940], p. 47).

la existencia de un topónimo Belda a no mucha distancia de Antequera desautoriza la hipotética identidad de ambos lugares <sup>1</sup>.

De fines de la primera mitad del siglo XI es la más antigua mención conocida de Antakīra, la Antequera islámica. Figura en un poema de Samuel ibn al-Nagrālla, visir judío del rey Bādīs de Granada. Está fechada esa composición, dirigida por el autor a su hijo, en el campamento militar o fortaleza de Antakī-

<sup>1</sup> Ya Fernández Guerra, en un artículo del *Bol. Hist.*, 1880, n° 3 (citado por don Francisco Javier Simonet, en su *Historia de los mozárabes de España* [Madrid 1897-1903], pp. 518-519), identificó la fortaleza conquistada por ʿAbd al-Rahmān III con el monte y cueva de Belda, en el término de Cuevas de San Marcos, cerca de Iznájar, tres leguas al norte de Archidona. Cuevas de San Marcos, dice el *Diccionario* de Madoz, está situada «al pie de una alta sierra tajada perpendicularmente». Al sureste del poblado hay un monte, llamado en mapas recientes cerro del Camorro, vértice geodésico (907 metros), en cuya ladera existen unas cuevas a las que las gentes del país llaman de Belda; dentro de una de ellas hay una laguna de agua potable. En la cumbre se ven las ruinas de un castillo o antiguo poblado. (Datos que debo a la bondad de don Juan Temboury, de Málaga, proporcionados por el funcionario que levantó el mapa del catastro rústico de ese término.) Creo que resuelve definitivamente la cuestión un párrafo de la *Historia... de la ciudad de Antequera* — pp. 150 y 409 —, escrita antes de 1608, refiriendo una correría militar efectuada por el segundo alcaide de Antequera, Pedro de Narváez, cuya muerte, hacia 1424, en otra expedición militar, cantó Juan de Mena en sus *Trescientas*: «sacó de Antequera 150 caballeros y 200 infantes con los cuales caminó a las Cuevas de Belda, que están entre Lucena y Antequera, junto al río Genil, que eran en aquellos tiempos unos castillos con más de doscientas casas, y, batiendo la fuerza por todas partes, la entró con su gente a fuerza de armas, y los moros, no teniendo fuerzas para resistir, desampararon el castillo, huyendo por donde mejor podían. Los cristianos lo saquearon y lo derribaron, por no poderlo defender, porque el rey don Juan, por las guerras que en León y Navarra tenía, no asistía ni daba socorro de gente a las Andalucías, aunque eran más necesarias». Sobre las trece cuevas del cerro de la Camorra, «de forma prolongada, más tendido que empinado, de hechura de concha de tortuga», en cuya cumbre o laderas estuvo sin duda Belda, véanse las pp. 413-418 de la citada *Historia*. En las tierras poco fértiles que rodean el cerro de la Camorra se veían, en la época de García de Yegros, «reliquias de grandes edificios». Al pie de otro cerro pequeño que nace de él y llamaban Camorrillo, alude el mismo autor a las ruinas y nobles edificios de una gran población, Astapa, destruida en tiempo de Escipión, en que se hallaron sepulcros, cajas de plomo y otras cosas. — En los relatos publicados de las campañas de ʿAbd al-Rahmān III contra ʿUmar ibn Ḥafṣūn no hay dato alguno que se oponga a la segura localización del castillo de Belda en el término de Cuevas de San Marcos.

ra, en el año 4807 del cómputo hebraico, después de la fiesta de los Tabernáculos, es decir, pasado el 18 de septiembre de 1046. Samuel ibn Nagrālla intervenía en una de las muchas campañas militares en las que se enfrentaron por aquellos años el monarca zīrī de Granada y al-Mutaʿdid de Sevilla <sup>1</sup>.

Archidona y Antequera siguieron formando parte del reino granadino hasta que en 483 = 1090 los almorávides destronaron a su rey ʿAbd Allāh. Este, en sus *Memorias*, refiere la sublevación anterior de Kabāb b. Tamīt, gobernador de esas dos ciudades, del que tuvo que deshacerse por sus connivencias con el monarca de Sevilla <sup>2</sup>.

A mediados del siglo XII escribía el Idrīsī que Antequera y Archidona estaban despobladas a consecuencia de las guerras que tuvieron lugar en Andalucía después de la muerte de Almanzor, al disgregarse el califato de Córdoba <sup>3</sup>. La noticia ha de interpretarse como de estar poco pobladas, pero no yermas.

Yāqūt (m. 627 = 1230) menciona a Antequera, en su *Diccionario de los países*, como una fortaleza, entre Málaga y Granada <sup>4</sup>.

La conquista de Sevilla por Fernando III en 1248 aproximó rontera cristiana a los campos de Antequera. La de esta ciudad tentaba, sin duda, a los monarcas castellanos. Debió de proyectarla Alfonso X, pues en un privilegio rodado de mayo de 1266 prometía a la Orden de Santiago y a su maestre don Peláez Pérez Correa donarles, cuando las ganase por guerra o paz, las villas y castillos de Antequera y Archidona con todos sus derechos y pertenencias <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> *Le Diwān de Semūʿel Hannāgīd considère comme source pour l'histoire espagnole*, por Jefin Schirmann (*Hespéris*, XXXV, París 1948), pp. 175-176 y 184.

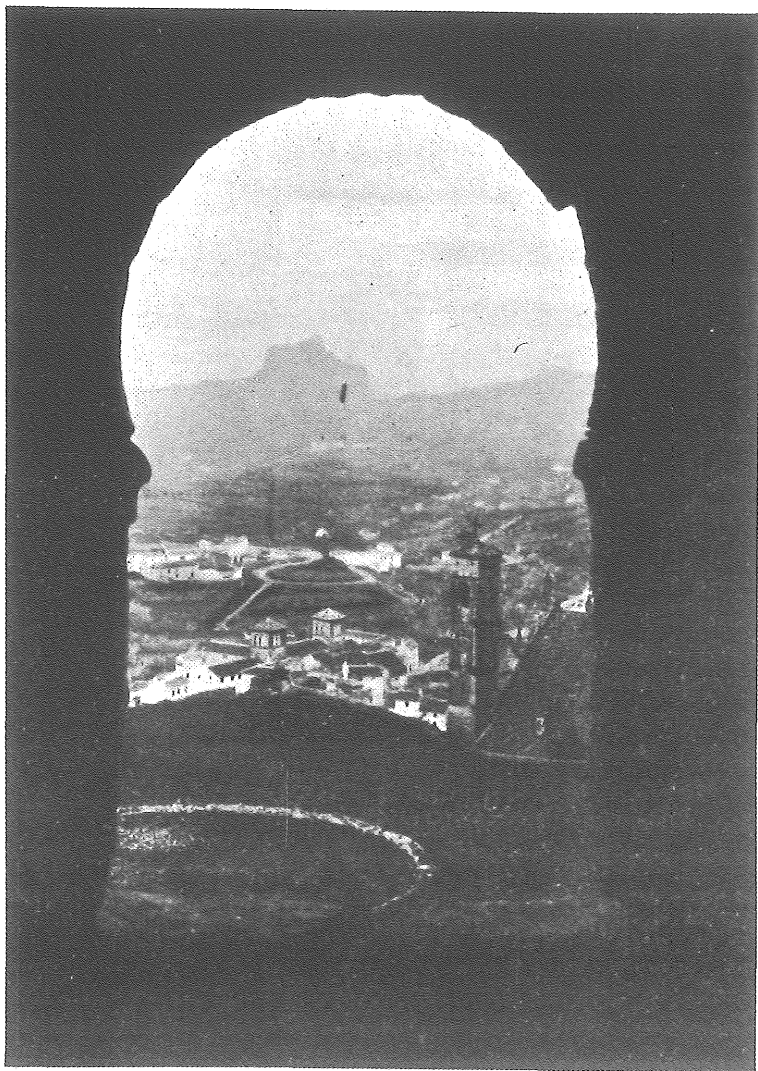
<sup>2</sup> *Les «Mémoires» de ʿAbd Allāh, dernier roi ziride de Grenade*, por E. Lévi-Provençal (*AL-ANDALUS*, IV, 1936-1939, pp. 60 y 65).

<sup>3</sup> *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrīsī*, por R. Dozy y M. S. de Goje (Leiden 1866), p. 204 del texto y 251 de la trad.

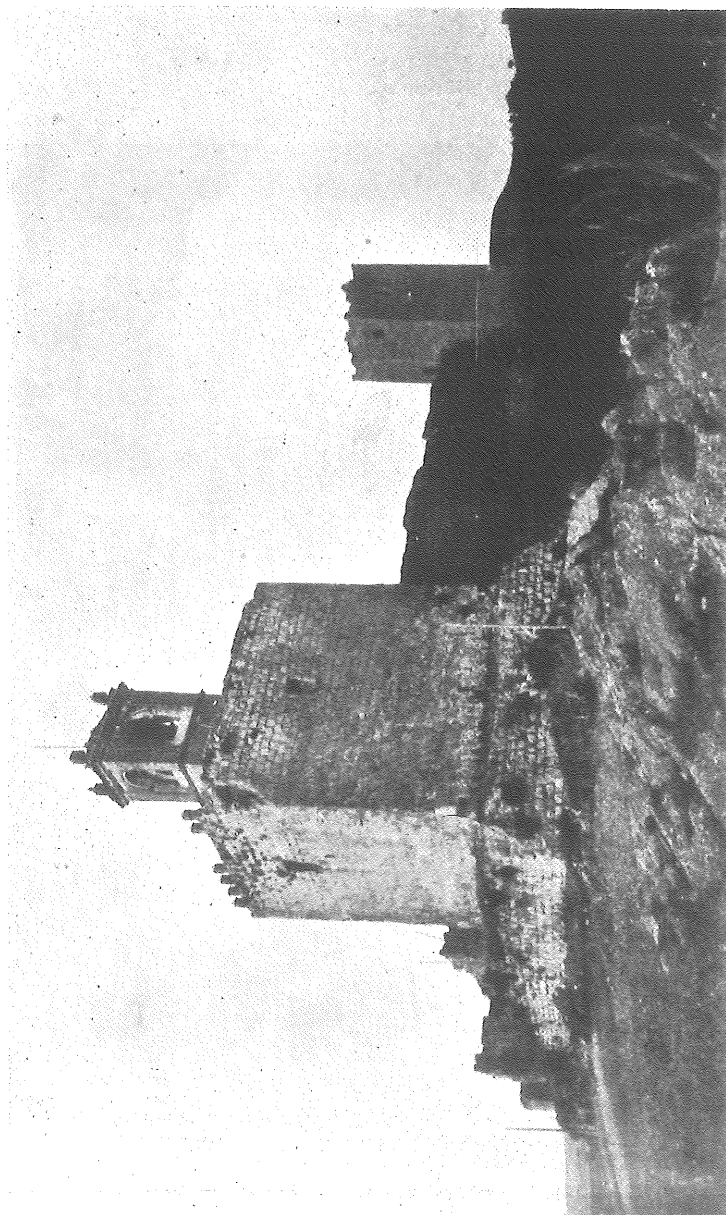
<sup>4</sup> *Muʿġam al-buldān*, I, p. 370.

<sup>5</sup> Arch. Hist. Nac., Arch. Uclés, cajón 313, n.º 13, según cita de Consuelo Gutiérrez del Arroyo de Vázquez de Parga, *Privilegios reales de la Orden de Santiago en la Edad Media* (Madrid s. a), p. 201, n.º 437.





*Antequera.* — Vista de la ciudad, con la Peña de los Enamorados al fondo, desde una ventana de la torre del Homenaje de la Alcazaba.



*Antequera. — Torre del Homenaje y murallas de la Alcazaba.*

Pero habían de pasar muchos años antes de que esas dos ciudades, que el Rey Sabio creía tan próximas a su obediencia, formasen parte del reino de Castilla. A principios del siglo XIV mencionan las crónicas a Antequera entre las poblaciones de las que se apoderó Abū-l-Walid, rebelado contra Naṣr, algo antes de ser proclamado en 713 = 1314 soberano de Granada <sup>1</sup>.

Informado Alfonso XI, en 1339, del paso «aquende la mar» de Abū-l-Malik, hijo del rey de Marruecos, para emprender una campaña por las tierras fronterizas andaluzas desde Ronda, acordó «que sería bien de ir a talar los panes et las viñas de aquella villa... et de Archidona, et de Antequera, et de los otros lugares que son y cerca, porque aquellos caballeros, nin los de aquellos lugares non oviesen allí mantenimiento» <sup>2</sup>. Salido el rey con sus huestes de Sevilla,

*entró por la frontera,  
su noble pendón delante,  
corrió luego Antiquera  
fué buscar al moro infante* <sup>3</sup>.

Cerca de esa villa pasó tres días «talando los panes, et las viñas, et las huertas». Después de enviar tropas a devastar los campos de Archidona, dirigióse a las fuentes de Huexbar y a Ronda, sin conseguir que el infante saliese al llano y aceptase batalla. Cuatro días estuvieron las tropas castellanas combatiendo la última villa, hasta que, faltas de vituallas, les fué preciso retirarse, y a una legua de Ronda infligieron gran derrota a los moros seguidores <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, by Ahmed ibn Mohammed al-Makkari, adapt. de Pascual de Gayangos, vol. II (Londres 1843), p. 348.

<sup>2</sup> Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneyra), tomo LXVI, *Crónica de los Reyes de Castilla*, I (Madrid 1875), Crónica de don Alfonso XI, caps. CXCIV y CXCV, pp. 296-297.

<sup>3</sup> Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneyra), tomo LVII, *Poetas castellanos anteriores al siglo XV* (Madrid 1911), Poema de Alfonso Onceno, p. 498.

<sup>4</sup> *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, cap. CXV, pp. 296-297.

Distintas fueron las circunstancias de la entrada en la vega de Antequera de don Pedro I, hijo y sucesor de Alfonso XI, en 1361. Iba acompañado del rey destronado de Granada Muḥammad V. Llegó a esa «villa, muy fuerte, et non la pudo aver; e tornóse dende, e envió todos los suyos que entrasen en la vega de Granada, e fué con ellos el rey Mahomad» <sup>1</sup>.

Pocos años después, Ibn al-Jatīb, el poeta y visir granadino, escribía en lenguaje retórico el elogio y la censura de Antequera, lugar de hermosa apariencia con que se adornaba el rostro del año, sitio próspero de sembrados y rebaños, de abundantes alimentos y numerosa población, con espaciosas campiñas, ricas en plantíos y pastos, regadas por muchos arroyos y largas acequias, comparables a enortijadas serpientes; no había tierra que la superase en los dones de la agricultura ni en la producción de sal. Pero era escasa en diversiones y falta de dulzura y benignidad. Ciudad rebelde, comparable a un corcel excesivamente impetuoso, libre y alborozado, no podían asegurarla firmemente soldados armados de pies a cabeza. Sus gentes, de mala y altiva condición, no recibían cordialmente a los peregrinos y andaban con frecuencia en tratos con los enemigos <sup>2</sup>.

A través de este conceptuoso retrato se transparenta la psicología de una población durante muchos años fronteriza, con las virtudes y defectos de gentes en continua alerta.

A comienzos del siglo XV Antequera, situada en la línea divisoria con los dominios de Castilla, en un extremo del debilitado reino granadino, rodeada en parte por populosas villas cristianas, era fruto maduro, tentador para las apetencias castellanas. Empezó su conquista en 1410 el infante don Fernando — por ella recibió más tarde el sobrenombre de Antequera —, tutor de su sobrino Juan II. Sentó sus reales en los montes próximos, entre ellos en la sierra o cerro de San Cristóbal, a mediodía, separado de la villa, a la que señoreaba, por el río, em-

<sup>1</sup> *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, Crónica del rey don Pedro I, cap. VII, p. 514.

<sup>2</sup> *Descripción del reino de Granada*, por don Francisco Javier Simonet (Madrid 1860), p. 83.

plazamiento de una *rābiṭa*, sobre cuyas ruinas se levantó luego la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza. En Sevilla, en el corral del Alcázar, se labraron grandes y hermosas bastidas y escalas, para cuya salida hubo necesidad de romper el muro, por no caer por la puerta de Jerez. Cargáronse en 360 carretas, partidas de esa ciudad el 5 de mayo y llegadas al real sobre Antequera el 12.

El campamento de las tropas mandadas por don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, emplazado en el cerro de la *Rābiṭa*, sufrió un fuerte ataque de los moros que acudieron de Granada en socorro de Antequera, mandados por dos infantes hermanos del monarca nazarí, cuyo campamento estaba en la Boca del Asno, en el camino para Málaga.

Llegadas las bastidas de Sevilla descargáronse al pie de la cuesta de una torre albarrana de la ciudad, luego llamada de la Escala<sup>1</sup>, pensando armarlas en un llano delante de ella; pero, batidos los que las llevaban por los tiros de pólvora, sobre todo de una gruesa lombarda, y por los ballesteros antequeranos, hubieron de armar una más abajo y allanar el camino para poder acercarla, pues había gran cuesta. Por fin consiguieron llevarla al llano delante de la torre de la villa, al mismo tiempo que comenzaban a armar otra bastida y la escala. Cegaron con harto trabajo los castellanos la cava que estaba delante de la torre y encoraron las bastidas con cueros secos traídos de Sevilla. Protegidos por mantas y el fuego de las lombardas, fueron aproximando bastidas y escala a la torre, derrocada por el fuego de aquéllas, al mismo tiempo que otros combatían, llevando escalas, las puertas de Má-

<sup>1</sup> *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reino*, por el licenciado Francisco Cascales, tercera edición (Murcia 1874). Cascales reproduce — disc. décimo, cap. X, pp. 234-235 — una carta fechada el 29 de septiembre del doctor Alfonso Fernández de Cascales, alcalde de corte, que se halló presente en el sitio desde el principio hasta el cabo: «... martes dieciséis de septiembre, fué el infante mi señor por la mañana a la grulla, que estaba puesta y asentada sobre la Torre Albarrana de la falda de la villa de Antequera..., mandó arrimar la escala mayor encima de la Torre Albarrana...» La torre, llamada de la Escala o de la Estrella, es la que está sobre la plazoleta del Carmen, según dice García de Yegros — *Historia de Antequera*, p. 102 — y parece confirmar el relato de la conquista de la ciudad.

laga y de la Villa, su torre y toda la cerca en torno. Fracasado el asalto por el incendio de la escala, para incomunicar por completo la ciudad sitiada, el infante don Fernando acordó rodearla de tapias, dos en alto y en algunos sitios tres, dejando algunas puertas bien guardadas.

Faltos de agua en el interior del recinto, los sitiados se proveían de la del río, saliendo para ello por un postigo pequeño que estaba contra las huertas y que don Fernando mandó guardar a sus tropas.

Adobadas las bastidas y escala, incendiadas en los combates anteriores, protegidos por el fuego de las lombardas y los ballesteros, echada la escala sobre la torre, pudo subir la gente de armas y adueñarse de ella. Por un portillo hecho en su adarve fueron entrando los soldados cristianos y peleando por las calles con los moros, hasta que éstos la desampararon, retirándose a la alcazaba. Fué esta entrada de la villa el 16 de septiembre. El 22 entregóse la fortaleza, con la condición de que los moros dejaran las armas, bastimentos, almadraques y cautivos cristianos que tenían, y saliesen con todo el resto, dejándoles el infante mil bestias en que llevasen mujeres, hijos y bienes a Archidona. El 1º de octubre se bendijo la mezquita que estaba dentro del castillo, consagrándola a San Salvador <sup>1</sup>.

Honda repercusión tuvo, tanto en el campo cristiano como en el islámico, la caída de Antequera. Sirvió con frecuencia de tema a escritores y poetas.

Entre las obras de los últimos descuella el bello romance de «La mañana de San Juan». Mientras las damas moras contemplan asomadas a las torres de la Alhambra, y el rey desde la Alcazaba, los juegos y fiestas de los jinetes revolviendo sus caballos y jugando de las lanzas en la vega,

*dando voces vino un moro,  
sangrienta toda la cara:*

<sup>1</sup> *Crónica de don Juan II*, por Fernán Pérez de Guzmán, Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneyra), LXVIII, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, tomo II (Madrid 1877), año cuarto, caps. III-XXXIX, pp. 317-332.

— *Con tu licencia, buen rey,  
diréte una nueva mala:  
El infante don Fernando  
tiene a Antequera ganada;  
muchos moros deja muertos,  
yo soy quien mejor librara,  
y siete lanzadas traigo,  
la menor me llega al alma.  
Los que conmigo escaparon  
en Archidona quedaban.*

*La cerca y la alcazaba.*

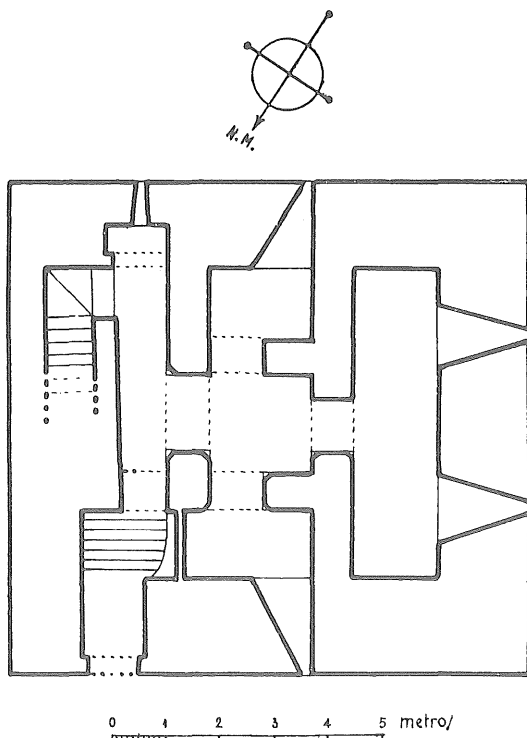
En lo alto del cerro calizo, de cumbre aproximadamente triangular y por cuya ladera septentrional y llanura inmediata se extiende la ciudad moderna, levántase, a noroeste, la alcazaba, de la que arrancaban los lienzos de muralla que protegían el no muy extenso recinto de la Antequera musulmana. A mediodía, el cerro se prolonga por otros más elevados para culminar en la áspera y bravía sierra del Torcal, magnífico fondo a la ciudad contemplada desde la vega.

En el siglo XVI empezó a desplazarse el núcleo urbano hacia la llanura, en dirección norte, y hoy las torres y muros de la fortaleza, cuya reciedumbre ha resistido siglos de abandono, se levantan sobre pobres sembrados y casuchas ruinosas.

Dentro de sus muros hubo, como de costumbre, una mezquita, convertida, como se dijo, al conquistar la ciudad los cristianos, en iglesia parroquial de San Salvador, y casas en calles angostas, habitadas aún en el siglo XVI por gentes principales.

De los muros que rodeaban la fortaleza no quedan más que escasos lienzos, entre torres agrietadas. La mayor, que sería la del Homenaje, ocupa el ángulo noroeste. Llamábase a fines del siglo XVI de las Cinco esquinas, por su planta angular. Descansa sobre una plataforma de mayor extensión. En la parte baja de sus muros se aprovecharon algunos sillares de construcciones romanas; también se ve algún trozo en el que alternan los colo-

cados a soga con los de tizón; el resto, lo mismo que la otra torre conservada, hacia sur, es de sillarejo regular, dispuesto en hiladas, mientras los lienzos de muros intermedios son de mampostería.



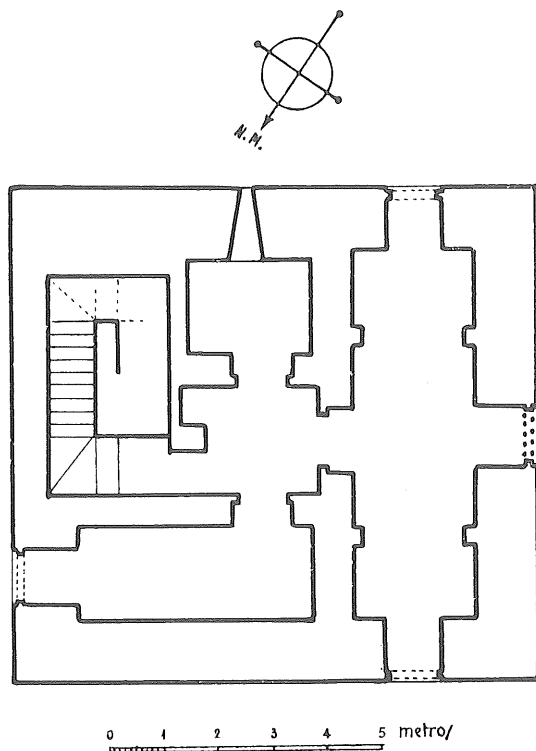
Antequera. — Alcazaba. Planta de la torre Blanca al nivel del adarve.

Los lados exteriores de esa torre mayor tienen 16,75 y 17,70 metros, respectivamente; 2,65 es el grueso de sus muros. Su ingreso es por el adarve, y en el interior hay varias estancias cubiertas con bóvedas esquinadas, excepto una que tiene techo de madera. Empinada escalera permite alcanzar la terraza. Las puertas son adinteladas y los huecos exteriores, de arco de



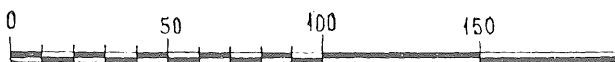
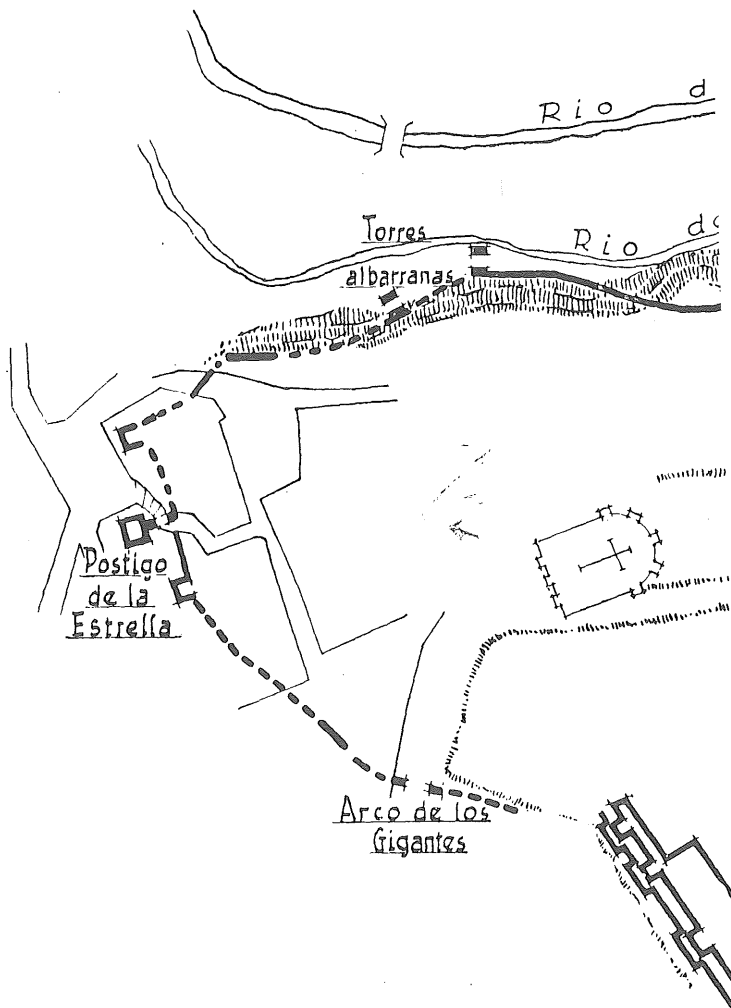
herradura. Sobre la torre se levanta un cuerpo de ladrillo, construido en el siglo XVI o XVII; cobija una campana que servía para regular los riegos de la vega.

Hacia sur arranca de esta torre un lienzo de muro, fortaleci-

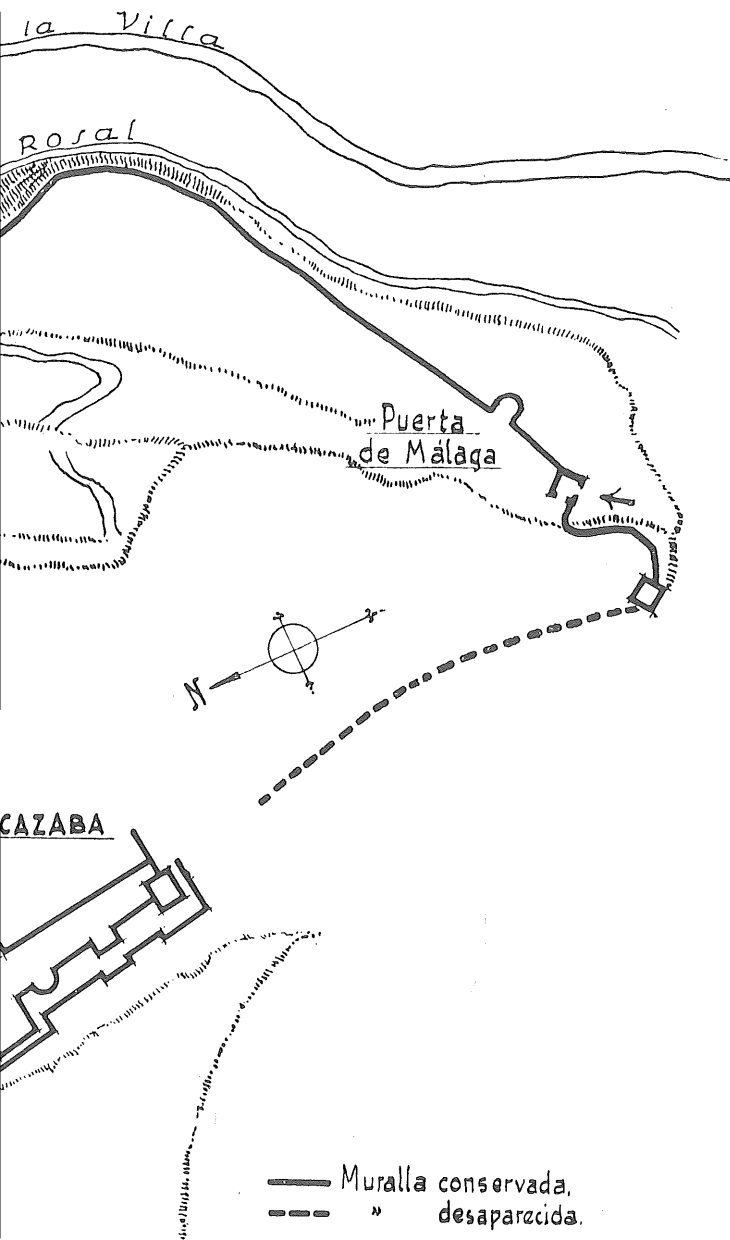


*Antequera.* — Alcazaba. Planta alta de la torre Blanca.

do con dos torrecillas semicilíndricas, desmochadas, cuyo adarve conduce al ingreso de otra, casi cuadrada, de 9 por 9,70 metros de lado. Sus dos plantas divídense en varias habitaciones pequeñas, iluminadas por troneras las de la inferior y por ventanas de arco de medio punto las de la más alta, ésta con patinillo central y una de cuyas habitaciones tiene en sus extremos dos



Plano del recinto



almán de Antequera.

*Dibujo de Manuel Ocaña Jiménez.*

atajos, separados por sendos arcos, cubiertos por medias bóvedas esquifadas. Todas las bóvedas son de ladrillo y en la planta alta las hay de medio cañón, construídas por fajas verticales.

El recinto murado de la ciudad, de cuya cerca han desaparecido casi todos los lienzos de muralla, se unía al de la alcazaba, para continuar al mediodía por lo alto del cerro y bajar luego por su ladera oriental hasta una pequeña corriente de agua que le contornea por esa parte y llaman río de la Villa. Volvía la cerca a ascender, torciendo hacia norte, para unirse a la alcazaba en sitio que, por lo destruído de estas obras militares, no es posible precisar.

Arruinados casi todos los paños de muros de la cerca, quedan algunas torres, hitos que permiten señalar su trazado. A sur, aislada y en lo alto del cerro se levanta una, hoy ermita, dedicada a la Virgen de Espera. Fué puerta, con pasadizo en recodo, llamada de Málaga, por arrancar de ella el camino que conducía a esa ciudad. El ancho total de su frente es de 9,94 metros; la fábrica, de mampostería, guardando regularidad de hiladas, y de sillarejo en los ángulos; los arcos son de ladrillo. Como la puerta de la Xarea o de la Justicia de la Alhambra, tiene en su frente un elevado arco de herradura, enjarjado hasta los dos tercios de alto y con alfiz, tras del que hay un hueco sin bóveda para poder arrojar proyectiles desde arriba. Por desaparecido adarve ingresábase a una habitación, cubierta con bóveda de arista, prolongados los medios cañones que la forman.

Inmediato a la ermita permanece un torreón semicircular de mampostería, guardando sus mampuestos regularidad de hiladas, rellenos los huecos entre ellos con pequeñas piedras. Cercano se ve un resto de muro, frenteado con cajones de mampostería entre dos hiladas de ladrillo.

Más allá, hacia norte, la muralla bajaba a la orilla del río, sin duda para facilitar el aprovisionamiento de agua. Queda en ese lugar una torre albarrana de mampostería, unida a la cerca por bóveda de medio cañón agudo, bajo la cual pasa ahora un camino.

En el frente septentrional de la cerca, medio oculta entre viviendas que han asegurado su conservación, existe otra torre albarrana. Junto a ella una brecha en la muralla permite ingresar en el recinto; llámase postigo de la Estrella, al que se llega pasando bajo el arco o bóveda de enlace de la torre con la cerca. Además de esa puerta de Málaga hubo otra a norte, que los cronistas de la conquista llaman de la Villa, abierta también en una torre; fué sustituida en 1585 por el arco de los Gigantes; tenía barbacana delante, según un documento de 1502 conservado en el Archivo Municipal <sup>1</sup>, y foso, como acredita la *Crónica* de Pérez de Guzmán. No parece que hubiera más de esos dos ingresos, pero el mismo texto alude a un postigo por el que salían los sitiados para proveerse de agua en el río; estaría cerca de la torre albarrana mencionada.

Como en Granada y en otras poblaciones andaluzas, hubo en Antequera un barrio extramuros llamado Albaicín, a juzgar por una plazuela del mismo nombre, citada en los primeros años del siglo XVI <sup>2</sup>.

Las características de torres y murallas permiten atribuir su construcción al siglo XIV, probablemente en su primera mitad. Recuérdese que cuando don Pedro I llegó en 1361 ante sus muros, con su aliado Muḥammad V, no la pudo haber, por ser una villa muy fuerte, según refiere López de Ayala.

En 1510 se gastaron de los propios de la ciudad 50.000 maravedises en reparar los muros de la cerca, pues las aguas de lluvia filtrábanse entonces a través de las bóvedas de la torre del Homenaje; se temía su hundimiento, de no realizarse la obligada reparación.

A fines del siglo XVI la muralla estaba caída. Entonces, en virtud de orden de Felipe II, que afectaba a todas las de España, se hizo un reconocimiento de la fortaleza: los muros y torres del castillo tenían necesidad de reparos; lienzos de murallas y

<sup>1</sup> *Repartimientos y urbanización después de la Conquista*, por José María Fernández (Gibralfaro, año I, Málaga 1951, p. 13).

<sup>2</sup> *Diccionario geog.-estad.-hist. de España*, por Pascual Madoz, II (Madrid 1849), p. 336.

esquinas de torres se iban cayendo unas y estaban caídas otras. En el castillo vivía su alcaide, don Diego de Narváez. De un reconocimiento de 1592 consta que a la torre del Homenaje había necesidad de echarle un suelo, un pretil y almenas; sus bóvedas se llovían. Tanto la torre del Homenaje como la Blanca (sin duda la situada a sur de la primera) estaban muy faltas de reparos, lo mismo que el muro situado entré ambas, del suelo, pretil y almenas <sup>1</sup>.

Alcazaba y murallas ya no eran de utilidad alguna. Parte de la primera manteníase aún en pie por tener en ella su habitación el alcaide. A la Antequera militar sucedía la agrícola e industrial, de intensa religiosidad, a juzgar por el número de templos y conventos entonces levantados, y gran riqueza, indiferente al pasado y a sus restos.

#### *Demografía y evolución urbana.*

Disminuída Antequera durante las guerras que tuvieron lugar en el siglo XI, al disgregarse la España musulmana, según el testimonio citado del Idrisi, aunque no llegaría a la total despoblación, debió de resurgir en la segunda mitad del siglo XIII, poco después de la formación del reino granadino, acrecentada probablemente con los musulmanes desplazados por las conquistas de Fernando III. Lugar fronterizo, siempre expuesto a incursiones devastadoras, en las que eran destruídas las cosechas, más que ciudad agrícola fué puesto militar. Su nombre aparece pocas veces en las crónicas castellanas e islámicas medievales hasta su conquista en 1410.

De su escasa importancia en tal fecha poseemos datos precisos. La *Crónica de don Juan II* dice que el infante don Fernando, rendida la ciudad, mandó salir a sus habitantes para contarlos: eran 895 hombres de pelea, 770 mujeres y 863 ni-

<sup>1</sup> *Castillos y fortalezas del antiguo reino de Granada*, por Mariano Alcocer Martínez (Tánger 1941), pp. 108-110; *Castillos y fortalezas del reino*, por Julián Paz (Madrid 1914), p. 16.

ños; había, pues, en ella, en ese momento 2.528 habitantes <sup>1</sup>. Cascales reproduce una carta, fechada en Antequera el 29 de septiembre de 1410, escrita por quien estuvo presente al asedio desde el principio hasta el cabo, según la cual «murieron durante el asedio de los moros más valientes cincuenta y cinco, y de enfermedades y hambre, y de estar desvelados y no dormir muchos, y salieron por la puerta cuando dejaron y desampararon la villa dos mil y ochocientas quince personas» <sup>2</sup>.

Pero aún existe un tercer cómputo: el del cronista de Juan II Alvar García de Santa María, asistente a la última parte del asedio, el cual dice, aludiendo a los moros salidos de la plaza recién conquistada, que «fueron contados los que ende salieron, que los contó el estoriador que ordenó esta crónica, e fueron fallados por todos 2.628 personas» <sup>3</sup>. La diferencia entre las tres cuentas es muy reducida.

La cerca de Antequera, destruida en gran parte, pero cuyos vestigios permiten dibujarla en el plano de la ciudad actual, encerraba 63.140 metros cuadrados, a los que aproximadamente corresponden, según nuestros cálculos, 367 viviendas y 2.202 almas. No es de extrañar el que salieran de la ciudad conquistada algunos centenares más, pues la feraz campiña inmediata estaría muy poblada, y, al llegar las tropas castellanas, sus habitantes se refugiarían tras los muros de aquélla.

Evacuada la ciudad por sus habitantes islámicos, dícese mandó el rey poblarla con 620 vecinos, 120 de a caballo, 300 ballesteros y 200 lanceros <sup>4</sup>. Dato de mayor crédito es el de haberse dado poder algo después al alcaide Rodrigo de Narváez

<sup>1</sup> *Crónica de don Juan II*, por Pérez de Guzmán, en Bib. de Autores Españoles (Rivadeneira), LXVIII, p. 331.

<sup>2</sup> *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reyno*, disc. décimo, cap. X, pp. 234-235.

<sup>3</sup> *Alvar García de Santa María*, cronista de Juan II de Castilla. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia..., por el excelentísimo señor don Francisco Cantera y Burgos (Madrid 1951), p. 24.

<sup>4</sup> Paz, *Castillos y fortalezas del reino*, p. 16; Alcocer, *Castillos y fortalezas del antiguo reino de Granada*, p. 110. Según la carta publicada por Cascales, el infante don Fernando dejó en Antequera quinientas lanzas, mil ballesteros y mil lanceros (*Discursos históricos de Murcia*, p. 236).

y a Gonzalo García de Eslava, jurado de Ecija y obrero pagador de la villa conquistada, para el reparto de las heredades, casas, viñas, etc., tasando ciento treinta caballerías y cuatrocientas peonías, lo que supone 90 pobladores menos de los antes reseñados. Este repartimiento obtuvo confirmación regia en 1414.

La población de Antequera, antes del siglo XVI, es decir, hasta que con las conquistas de Málaga (1487) y Granada (1492) perdió su condición de plaza militar y fronteriza, sería muy escasa. En una petición a los reyes doña Juana y don Carlos, elevada en 1518 por Pedro Muñoz, personero de la comunidad y vecino, se dice «que, al tiempo que se ganó esta ciudad de los moros, y después, fasta que se ganó el reino de Granada, había en ella fasta doscientos vecinos, que vivían de los muros adentro de la dicha ciudad, porque fuera no osaban vivir a causa del peligro de sus personas». A comienzos del siglo XVI tan sólo había en la ciudad murada una plaza muy estrecha e irregular a las espaldas de la iglesia mayor de Santa María, entonces en construcción, junto a la puerta de la villa. Creciendo el número de pobladores, se pensó en ensancharla en 1502, comprando y derribando para ello unas tiendas, con lo que se ennoblecería la ciudad. Siete años después ampliósse nuevamente la plaza de Santa María y se inició en ella la obra de la audiencia y casas de cabildo.

La fertilidad del suelo y los privilegios otorgados a la ciudad en el siglo XV, por su condición de fronteriza, atrajeron a gente de muchos lugares, que acudía a acrecentar su vecindario.

Una cédula de la reina doña Juana de 1515, expedida a petición y súplica del personero de Antequera en nombre de ésta, permite imaginar cómo eran sus calles y casas, semejantes a las de tantas otras ciudades andaluzas que, por los mismos años, se trataba de ensanchar y hacer más regulares, suprimiendo los abundantes ajimeces y saledizos que aumentaban su angostura y lobre-guez, para que el sol y la luz penetrasen en ellas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ajimeces, por L. T. B. (AL-ANDALUS, XII, 1947, pp. 415-427); Leopoldo Torres Balbás, *Plazas, zocos y tiendas de las ciudades hispanomusulmanas* (AL-ANDALUS, XII, 1947, pp. 437-476; *Algunos aspectos de la casa hispanomusulmana: almacerías, algarfas y saledizos*, por L. T. B. (AL-ANDALUS, XV, 1950, páginas 179-191).



Merecen transcribirse algunos de los párrafos de la cédula real, pues dan perfecta idea del aspecto de la Antequera musulmana, hoy totalmente desaparecida, y de las apetencias de sol, claridad, limpieza y alegría del concejo, pues las palabras de la cédula serán copia de las de petición del personero.

Según el referido documento, en Antequera había algunas casas «con balcones y salidas a las calles que las hacían estrechas y oscuras y parecían mal para el ornato y bien público», por lo que se dispuso «que ningunas personas, de cualquier estado y condición que sean, no fagan ni labren ni edifiquen en las calles públicas de la dicha ciudad, ni en alguna dellas, pasadizos ni voladizos, corredores ni balcones, ni otros edificios algunos que salgan a la dicha calle, fuera de la pared en que estuviere el tal edificio. E si de aquí adelante algunos de los pasadizos e balcones e corredores e otros edificios que en las calles de la dicha ciudad están fechos y edificados se cayeran o desbarataren por cualquier manera, mando que los dueños de las casas donde estuvieren fechos, e los que en ellas moraren, ni otras personas algunas les puedan tornar a edificar, ni remueven ni adoben ni reparen; en quando fueren caídos todo o cualquier parte dellos, que non los tornen a facer, ni a edificar, ni reparen cosa alguna ni parte dello, salvo que quede raz e igual con las dichas paredes que salen a las dichas calles donde estuvieren los tales edificios, por manera que las dichas calles públicas queden exentas, sin embargo ninguno de los susodichos, y estén alegres e limpias e claras, e puedan entrar e entren en ellas sol e claridad, e cesen todos los daños susodichos, so pena que los que los que ficiere los dichos edificios e los reedificaren e los adobaren, que luego le sean derribados, e por el mismo fecho no los puedan tener ni facer más; e demás e allende desto, cayeren e incurran en pena de diez mil maravedís, la mitad para la mi cámara e la otra mitad para el acusador»<sup>1</sup>.

Según la citada petición de 1518, «después que se ganó el

<sup>1</sup> Todos los datos que aquí figuran referentes al siglo XVI, de los que no se incluye cita, pertenecen al interesante artículo de don José María Fernández, antes citado, escrito a base de documentos del Arch. Mun. de Antequera.

dicho reino de Granada se ha poblado la ciudad de los muros afuera en más cantidad de tres mil vecinos, demás allende de los que viven dentro de la ciudad, e se puebla de cada día. E que hay en el dicho arrabal dos iglesias parroquiales (San Juan y San Sebastián, reconstruídas posteriormente), tres monasterios e cuatro hospitales». En el mismo documento se solicitan dos plazas fuera de los muros de la ciudad, «una en la calle del Portichuelo y la otra cabe la iglesia de San Sebastián, donde había espacio y buen sitio que había quedado para ello, al tiempo que se poblaron los arrabales». El más principal de éstos era por entonces el de San Sebastián, en el que se labraba un muro, casi acabado, de coste de más de un cuento de maravedís, y dentro del cual había de hacerse otra plaza pública, ya comenzada.

Una cédula real de 1518 de doña Juana y don Carlos recuerda que en cartas anteriores habían autorizado pudiera haber seis tiendas en los arrabales antequeranos, «acatando que se avían poblado en mucha cantidad e que la población dellos crecía de cada día», concesión ampliada luego hasta el número de veinte, a petición de Pedro Muñoz, personero de Antequera, en nombre de su comunidad. Dicha cédula otorga también licencia a cualquier vecino de los arrabales para tener tienda en ellos sin pagar tributo, «por quanto la libertad es cosa con que los pueblos se aumentan e ennoblecen».

Confirma el crecimiento de Antequera por aquellos años el *Itinerario* de don Fernando Colón, comenzado en 1517, pues dice ser la villa pequeña, pero con grandes arrabales, y que «de muy poco tiempo se a poblado mucho»<sup>1</sup>.

A fines del siglo XVI vivían dentro del castillo o alcazaba mas de 100 vecinos; casi toda la población habitaba extramuros<sup>2</sup>. Ya se dijo cómo la cerca estaba caída por esos años y la fortaleza necesitada de grandes reparos.

Entonces, reinando Felipe II, vuelve a ocuparse la ciudad

<sup>1</sup> *Descripción y cosmografía de España*, por Fernando Colón, tomo III (Madrid 1917), p. 110. En este *Itinerario* se dice que «Antequera es cibdad de tres... vecinos».

<sup>2</sup> Paz, *Castillos y fortalezas del reino*, p. 16; Alcocer, *Castillos y fortalezas del antiguo reino de Granada*, pp. 108-109.

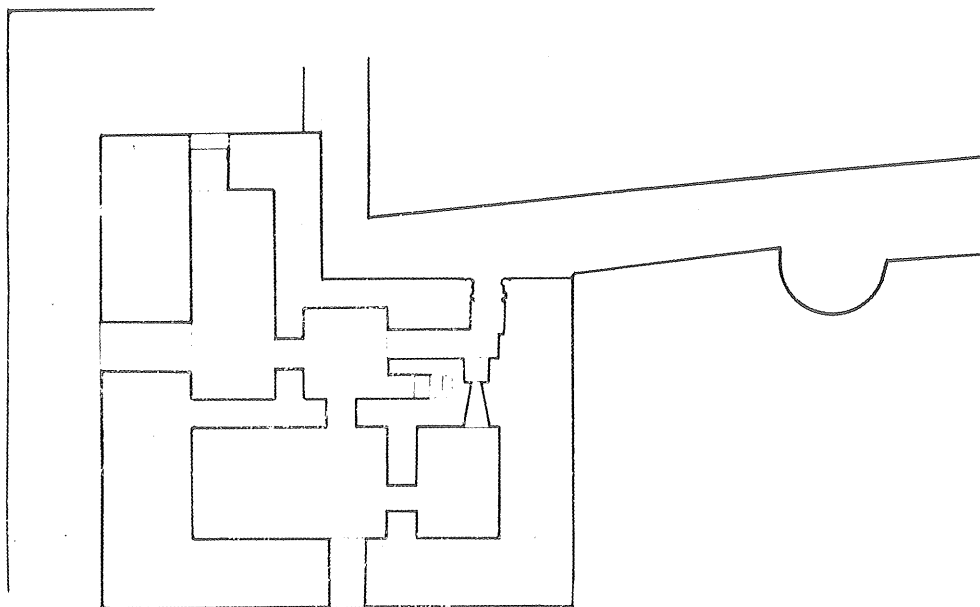
del ensanche de la vieja plaza, en la que había algunas casas antiguas ruinosas, y estaban la iglesia mayor, la audiencia, la cárcel pública y los escritorios de los escribanos. Acudía a ella mucha gente principal a sus paseos y entretenimientos, negociantes y otras personas, y la mayor parte de los vecinos en las fiestas solemnes y cuando era escenario de representaciones religiosas. Para tanta concurrencia resultaba angosta y corta. Por la necesidad de ensancharla y «el bien y ornato público», acordó la ciudad suplicar a Su Majestad autorizase el derribo de las tiendas existentes entre la muralla y la plaza, «para que quede ancha e en cuadra como conviene»<sup>1</sup>.

Un precioso dibujo de Georgius Hoefnagle, hecho a fines del siglo XVI desde el cerro frontero, incluido en la conocida obra *Civitates orbis terrarum*, da perfecta idea de Antequera en esa época<sup>2</sup>. Las montañas del fondo se representaron en él con altura y quebrantos bastante mayores que los reales — no fueron sólo los dibujantes románticos los que engrandecían los accidentes del paisaje para aumentar el efecto pintoresco de sus diseños de ciudades y monumentos españoles —; pero murallas y caserío parecen copiados con extraordinaria minuciosidad y conciencia. Se ve en la estampa de Hoefnagle la alcazaba y el muro septentrional de la población musulmana que bajaba hasta el río de la Villa, con sus torres — de dimensiones más reducidas que las dos subsistentes — y lienzos de muro intermedios en pie, contra lo afirmado por testimonios anteriores, y la muy grande y apretada población moderna, extendida por las laderas y llanura septentrionales, rebasando ampliamente a oriente y occidente los extremos del cerro ocupado por la ciudad islámica.

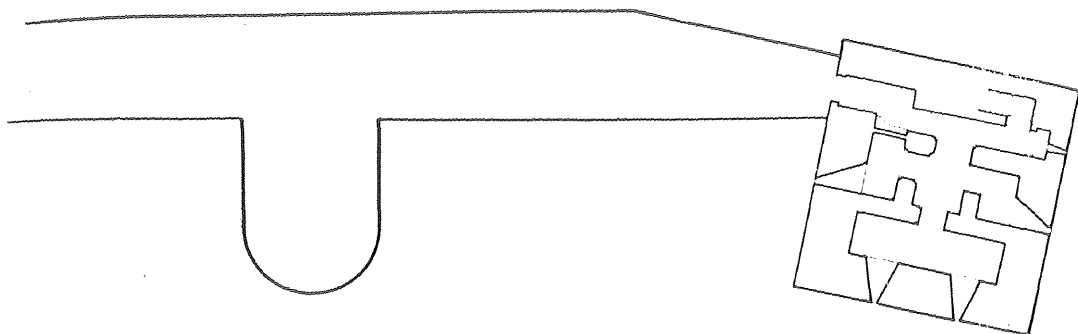
En el dibujo aparece la puerta septentrional de la alcazaba entre dos torres, antes de su sustitución por el arco de los Gigantes.

<sup>1</sup> Fernández, *Repartimientos y urbanización (Gibralfaro, I, pp. 19-20).*

<sup>2</sup> Braun y Hohenberg, *Civitates orbis terrarum*. El grabado de Antequera está en el tomo segundo, *De praecipuis totius universi urbibus*, cuyo privilegio de impresión lleva la fecha de 1574. Aunque el grabado carece de ella, el dibujo del que se copió lo haría Hohenberg en 1564, data de los de Granada, Archidona y la Peña de los Enamorados, publicados en otros tomos.



*Antequera. Planta de la parte co*



0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 metros

Alcazaba a la altura del adarve.

En 1º de febrero de 1610 salieron de Antequera 260 moriscos expulsados, entre hombres, niños y mujeres. Embarcaron en Málaga y fueron a Fez <sup>1</sup>.

En la profunda decadencia de España en el siglo XVII, Antequera fué un islote de prosperidad urbana. Su crecimiento, ya considerable en el siglo XVI, alcanzó en el siguiente ritmo más acelerado. En su primera mitad, cuando la mayoría de las viejas ciudades de la Península se despoblaban, y barrios enteros de ellas quedaban ruinosos y desiertos, Henríquez de Jorquera dice habitaban Antequera siete mil vecinos, con gran nobleza de caballeros mayorazgos, divididos en seis collaciones. Tenía once conventos — doce cuenta Madoz a mediados del siglo XIX — de frailes y siete de monjas, un grandioso y rico hospital, once ermitas y tres estudios. Libre de pechos y alcabalas, era por ello de grandísimo trato, poseyendo sus mercaderes crecidos caudales <sup>2</sup>.

A mediados del siglo XVII describe Méndez Silva a Antequera «ceñida de antigua muralla, seis puertas, fuerte y bien fabricado castillo, orillas del río llamado de la Villa, con 37 molinos..., seis parroquias..., once conventos de frailes, siete de monjas...; ocúpala siete mil vecinos» <sup>3</sup>.

La habitaba entonces una nobleza terrícola, dueña de grandes propiedades agrarias, cuyas amplias casas, con honores de palacio algunas, contribuían con los muchos templos y los vastos conventos a prestar empaque señorial a la ciudad. Lo que sobre todo la daba carácter, como a Córdoba antaño y aun todavía a Toledo, era el número de construcciones religiosas, barrocas la mayoría, que hacen aún de Antequera urbe típicamente española, santua-

<sup>1</sup> García de Yegros, *Historia de la ciudad de Antequera*, p. 397.

<sup>2</sup> Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada*, edic. por Antonio Marín Ocete (Granada 1934), pp. 105-106. En el libro de don José María Fernández, *Las iglesias de Antequera* (Málaga 1943), se describen no menos de 23 templos aún existentes, con exclusión de las ermitas. Los continuadores de la *Historia* de García de Yegros inventarían, a más de las 6 antiguas iglesias parroquiales, 18 conventos y 12 ermitas.

<sup>3</sup> *Población general de España*, por Rodrigo Méndez Silva (Madrid 1645), fº 118 v.

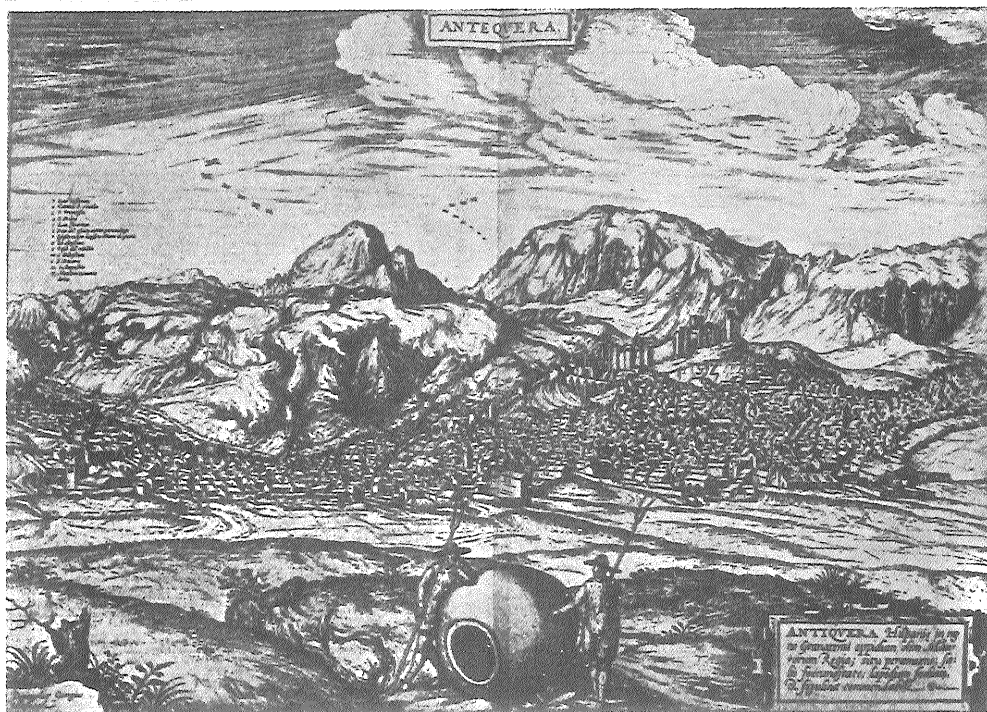


*Antequera.* — Arco de paso a una de las torres albarranas de la cerca.

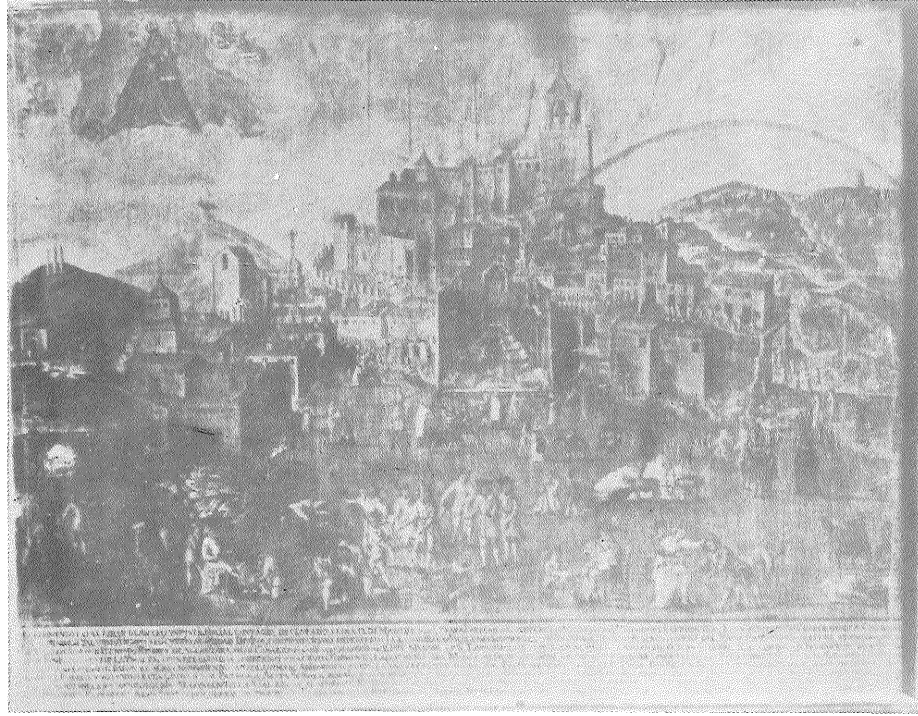


*Antequera.* Torre albarrana de la cerca.





Antequera en la segunda mitad del siglo XVI, según un grabado de la obra *Civitates orbis terrarum*.



Antequera en el siglo XVIII, según un lienzo votivo existente en la iglesia de Santo Domingo de esa ciudad, conmemorativo de la peste de 1679.

rio y convento a la vez. «Cada incremento de la ciudad — se ha dicho con palabras exactas — fué señalado por una iglesia, de modo que apenas hubo casa que no viviera bajo la sombra de un campanario, no ya al alcance de sus bronces... Desde entonces [el siglo XVIII] no se ha levantado una iglesia. No sólo no se ha levantado, sino que se ha dejado caer, miserablemente, algunas, con una indiferencia que conturba, tanto como admira aquel espléndido fervor que las alzó una tras otra, sin poner trabas al entusiasmo y que luego fué, día a día, año a año, enriqueciéndolas»<sup>1</sup>.

Cuando en el reinado de Felipe III, en la primera decena del siglo XVII, el licenciado y canónigo antequerano García de Yegros escribió la historia de su ciudad natal, dentro del recinto del castillo aún quedaban unas pocas y angostas calles en las que había casas principales de alcaides, corregidores y otros caballeros; las de la villa vieja, en la áspera ladera que desciende hacia el río, estaban muy «maltratadas y casi todas caídas»; en más de 5.000 casas calcula las entonces existentes en Antequera.

Del aspecto de la ciudad en el siglo XVIII, con el muro septentrional de la alcazaba aún en pie, cubiertas por tejados las torres, podemos formar alguna idea por un curioso e ingenuo lienzo votivo existente en la iglesia del convento de Santo Domingo, pintado para conmemorar la terminación milagrosa de una peste sufrida por la ciudad en 1679, ofrecido por Juan Bautista Napolitano. En él se reproducen las trágicas escenas de la epidemia en las calles, plazas y edificios. Esa epidemia y la de 1649 arruinaron el arrabal de San Juan.

En el *Diccionario* de Madoz, al mediar el siglo XIX, figura Antequera con 4.337 vecinos, 17.031 almas y 3.016 casas. El movimiento hacia el llano, iniciado en los últimos años del siglo XV, siguió ininterrumpidamente en los posteriores, acelerado en el pasado con la construcción del ferrocarril y varias carreteras.

<sup>1</sup> Prólogo a la obra de Fernández, *Las iglesias de Antequera*, firmado por J(osé). A. M(uñoz) R(ojas).

Pero de ese continuo crecimiento quedaba excluido el solar de la vieja ciudad, lo alto del cerro, cada vez más abandonado y desierto. Cumplióse la profecía de los regidores, vecinos y jurados de Antequera, que en 1518 se oponían a la petición de que se permitiese hacer una plaza extramuros, alegando que situada la ciudad en lugar alto y algo fragoso, si el trato de las tiendas se bajase al arrabal, los vecinos poblarían éste, abandonando y despoblando el cerro <sup>1</sup>.

En 1667, por despoblación de la feligresía, se redujo a ermita la parroquia de San Salvador, que ocupaba, como se dijo, la mezquita de la Alcazaba. Con la invasión francesa acabó de arruinarse el edificio <sup>2</sup>.

Las antiguas casas de cabildo que existían en el sitio llamado Plaza alta, inmediata a Santa María, se arruinaron en 1819.

Quedaba en el antiguo solar, en lo alto de la colina, la monumental colegiata de Santa María, comenzada en 1514, en la que cuatro años después se habían gastado más de cuatrocientos millones de propios de la ciudad, cuya construcción prosiguió lentamente hasta mediar el siglo, en que se interrumpieron las obras <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Fernández, *Repartimientos y urbanización (Gibralfaro, I, pp. 16-17)*.

<sup>2</sup> Fernández, *Las iglesias de Antequera*, p. 21. Yegros dice de él «que sus pilares son añadidos a los que siendo mezquita y adoratorio de moros tenía, que eran bajos, según su costumbre, y así fué necesario alargarlos poniéndoles otros medios pilares, según se ve claramente» (*Historia de la ciudad de Antequera*, página 127). Con la ruina de esta iglesia perdióse el sepulcro del primer alcaide de Antequera, don Rodrigo de Narváez, enterrado en ella en una tumba blanca sostenida por seis leones dorados, a un lado del altar mayor, en una capilla pequeña (*ibidem*, p. 148).

<sup>3</sup> Fernández, en su obra *Las iglesias de Antequera* — p. 16 —, dice se comenzó Santa María en 1495, siendo obispo de Málaga su primer prelado don Pedro de Toledo; en otro lugar — p. 22 — afirma fué su comienzo en 1514. Junto al templo se conserva la cimentación de un presbiterio de planta poligonal, orientado hacia el este; el templo construído tiene su eje principal en la dirección norte-sur. Probablemente será aquél un resto de la colegiata anterior, fundada en 1503 en la iglesia de Santa María de la Esperanza. Los sillares de ésta — dice uno de los continuadores de Yegros — p. 229 — que se utilizaron a principios del siglo XVIII para construir la fachada de la iglesia de la Victoria y la parroquia de San Pedro. La fecha de 1495, de comienzo de la iglesia de Santa María, debe de referirse a la derribada, de la que quedan los cimientos.

Pero para los clérigos de su cabildo resultaba harto penoso subir la no muy empinada cuesta que desde los antiguos arrabales, ahora céntricos, llevaba a la colegiata. Y, deseando mayor comodidad, durante todo el siglo XVII pretendieron mudarla a la iglesia de San Sebastián, emplazada en la parte moderna, en llano. En 1635 elevó el obispo de Málaga, fray Antonio Enríquez, un informe a Felipe IV alegando, para justificar el traslado, haber quedado despoblada y desierta esa parte de la ciudad, e insistiendo en la incomodidad y aspereza del lugar, el estado peligroso del edificio (?), los robos cometidos en él por el desamparo y soledad en que se hallaba y el peligro de muerte para los prebendados a causa de las inclemencias del frío y ardores del sol, en sitio tan desacomodado y desierto. Al fin se consiguió el traslado en 1692 <sup>1</sup>.

Abandonado el solar de la ciudad antigua por el clero, la nobleza y la burguesía, al mudar sus viviendas al llano, la decadencia y la ruina de las construcciones subsistentes en aquélla era inevitable. Aún se mantuvo durante bastante tiempo con algún culto la iglesia de Santa María, hasta que hace algunos años se clausuró por su pretendido estado ruinoso (?). Con algún gasto no muy crecido de conservación hubiera podido durar siglos. Hoy han desaparecido en gran parte las buenas armaduras mudéjares que cubrían sus naves y la ruina consume rápidamente el desmantelado edificio; en el interior se amontonan los escombros junto a sepulturas abiertas y profanadas. La más antigua y bella iglesia de Antequera, unida a tantos recuerdos de su vida, en la que oraron y descansaban muchas generaciones de vecinos, entre ellos los antecesores de las familias de la nobleza local, se derrumba, vergonzosamente abandonada en una ciudad próspera y rica, indiferente, si no hostil, a los valores espirituales representados por las tradiciones y restos del pasado.

Menos cuidadosos de los recuerdos religiosos y de los templos que lo fueron sus antecesores del siglo XVI de los vestigios del paganismo, los antequeranos de la hora presente

<sup>1</sup> Fernández, *Las iglesias de Antequera*, p. 26.

dejan hundirse la más venerable iglesia de la ciudad. Centenares son las que en nuestra patria caen sin que, como en Francia hace poco menos de medio siglo la de Mauricio Barrés, se alce una voz implorando piedad para remedio de tanta ruina. — L. T. B.